

ALPERT, Michael: *La reforma militar de Azaña*. Granada: Comares, 2008.

La reedición de libros de historia es un hecho bastante común que todas las editoriales emprenden normalmente a golpe de aniversario. En los últimos años, la conmemoración de la Segunda República y de la Guerra Civil ha propiciado la reimpresión de algunos clásicos, imposibles de encontrar ya fuera de bibliotecas o librerías «de antiguo». Es el caso, por ejemplo, de las memorias de Manuel Tagüeña, o las obras de Ronald Fraser, Hugh Thomas o Ramón Salas Larrazábal.

El historiador inglés Michael Alpert ha visto recompensado el permanente interés que aún suscitan algunos de sus libros como *El Ejército Popular de la República* y *La Guerra civil española en el mar* con la revisión de Crítica de éstos en 2007 y 2008. Este último año ha conocido también la reedición de otra obra suya: *La reforma militar de Azaña*. Publicada originalmente en Siglo XXI hace más de veinticinco años, la editorial granadina Comares ha decidido prestar un gran servicio a todos los interesados en historia militar al rescatar una obra imprescindible para cualquier historiador de la Segunda República. No existe ningún libro general sobre dicho periodo o sobre Manuel Azaña que no cite o se apoye en las conclusiones de Alpert sobre la reforma azañista.

El origen de esta reforma proviene del cambio de régimen de 1931 que catapultó hacia el poder a unas elites burguesas republicanas que reclamaban el cambio político, económico y social de España. Para ello intentaron llevar a cabo las reformas agraria, laboral, educativa o autonómica. De todas ellas, quizá la que logró mejores resultados fue la militar, cuyo promotor fue Manuel Azaña.

Conocedor de los problemas del Ejército español y profundo admirador del francés, el político alcalaíno se enfrentó con un problema doble al llegar al Ministerio de la Guerra: la cuestión de resolver el tamaño del Ejército y la actitud de los propios militares ante la «injerencia» de un civil republicano como él en dichos temas. Sin embargo, la leyenda negra o el mito interesado que el general Mola popularizó sobre la «trituración del Ejército» no ayudó a comprender ni a analizar de manera desapasionada la reforma azañista hasta la aparición de libro de Alpert en 1982.

Para entender ésta, el autor británico dedica la primera mitad del libro a contextualizar la reforma a través del pensamiento militar de Azaña, de una acertada comparación con la política militar europea de aquellos tiempos, y de las anteriores reformas que había sufrido el Ejército español antes de 1931. La segunda parte es más minuciosa. En seis detallados capítulos se analizan cada una de las numerosas características que incluía la reforma. Con precisión, Alpert disecciona cada decreto, lo comenta, expone las valoraciones y críticas que recibió en su momento y finalmente expresa posibles alternativas. El resultado es un equilibrado análisis de una materia no siempre fácil de digerir. La introducción de tablas y gráficos alivia una narración, que en ocasiones se vuelve demasiado técnica.

Uno de los grandes aciertos de Alpert es confrontar algunos aspectos de la reforma con los casos británico o francés, en un ejercicio de historia comparada excepcional en la historiografía española.

Aún hoy, en esta segunda edición, esta perspectiva sigue resultando original ya que, en historia militar, poco se ha avanzado desde entonces en lo que se refiere al análisis comparativo de los ejércitos que lucharon en la Guerra Civil con las milicias de otros países.

Tras valorar cada uno de los aspectos de la reforma, la conclusión final es que ésta era necesaria. El Ejército español debía reducir su oficialidad, revisar la política de destinos y de ascensos, democratizar sus escalas y separarse del ámbito civil. Hacerlo se ofrecía una tarea complicada en la que, como muestra Alpert en el capítulo 4, ya habían fracasado otros ministros antes que Azaña. Por eso él decidió legislar por decreto, con la legitimidad que el nuevo régimen y su estatus de ministro le conferirían. Con la sencilla idea de que al militar sólo le tocaba obedecer y acatar cualquier reforma impuesta desde arriba, Azaña no buscó el consenso o el consejo de los mandos. Fueron sus modos y su manera de llevar a cabo la reforma los que en definitiva hirieron la sensibilidad de algunos militares, fomentado sin quererlo un rencor y un resentimiento amargo hacia su persona.

El legalismo de Azaña y su voluntad de lograr un Ejército leal a la República, más preparado intelectualmente y alejado del poder político, chocó con un Ejército aún inmaduro para asimilar tantos cambios de manera tan rápida y brusca. Por eso Alpert es ponderado al alabar el acierto de Azaña en sus fines y señalar también sus equivocaciones en los medios.

En definitiva, la nueva edición de Comares, aun con pequeñísimas erratas (pp. IX, 22 y 159), recupera todo un clásico de la historiografía contemporánea e incluye además un interesante prefacio que aglutina las reformas militares llevadas a cabo desde el Franquismo hasta la democracia que enriquece aún más el tema. Esperemos que cunda el ejemplo y sigan revisándose viejos textos como esta gran obra de Alpert.

Hernán Rodríguez Velasco